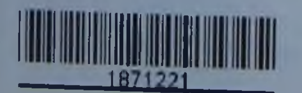
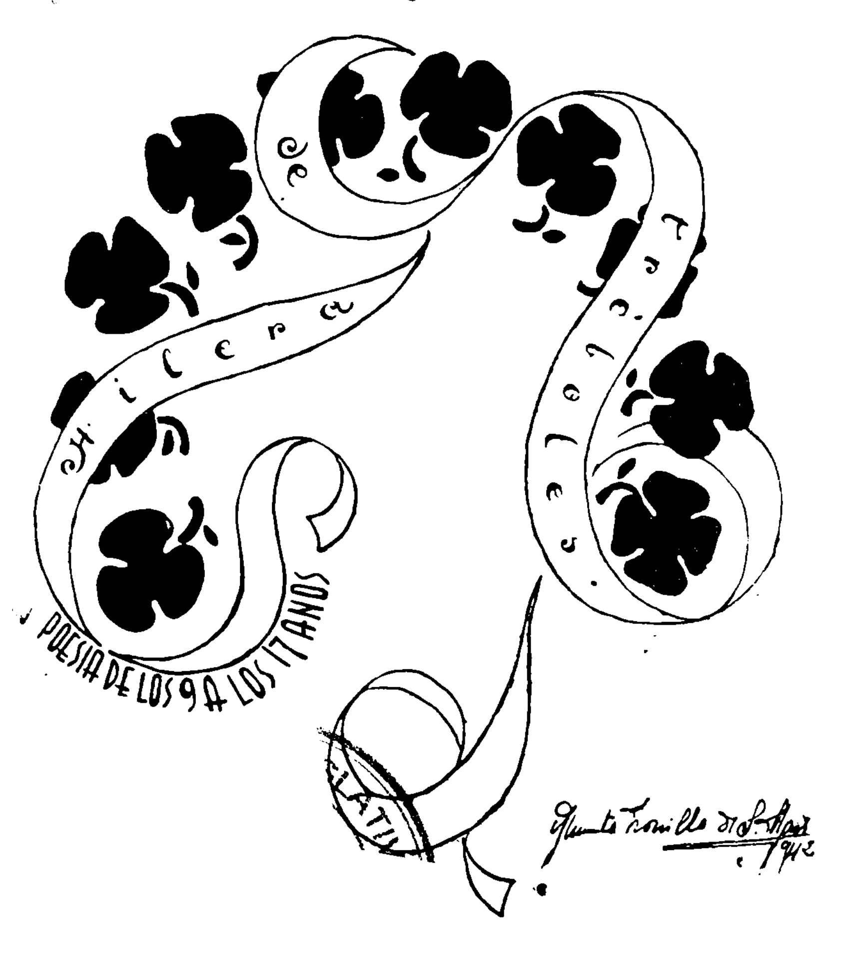
Graciela Saralegui Leindekar

Hilera de tréboles



…OS 9 A LOS 17 AÑOS

Graciela Saralegui Leindekar



1 9 4 2



GRACIELA SARALEGUI LEINDEKAR

DEDICATORIA

Pensando en mi padre
Carlos M. Saralegui.

Hice esta hilera de tréboles,
larga como una escalera,
para que vaya hasta el cielo,
al interior de una estrella;
para que tu los recojas,
uno por uno, en hilera,
¡y sepas que en estos versos,
te mandaré el alma entera!

ROMANCE A GRACIELA SARALEGUI LEINDEKAR

A Graciela Saralegui
le quiero hacer un romance;
asombrosa criatura
de los versos en la sangre.
Un romance fino y bello,
que lo rece y que lo cante.
Tan flexible como el junco,
tan grácil cual su donaire;
que se le enrede en el cuello,
que se le envuelva en el talle.
Tan dulce como sus versos,
tan liviano como el aire,
tan fino como sus manos,
como su modo tan suave;
como su risa de espuma
que en la orilla se deshace
que se le enrede en el cuello,
que se le envuelva en el talle.
Para su libro de niña,
le quiero hacer un romance;
cacho de vida ferviente,
niña con cantos de madre.

Para su libro inocente
como el vuelo de las aves:
Que se le enrede en el cuello,
que se le envuelva en el talle.
Afelpado como un nido
como su voz lenta y grave,
como sus ojos graciosos,
y sus miradas distantes;
como su alma en candor,
como sus sueños en viajes:
que se le enrede en el cuello,
que se le envuelva en el talle.
Graciella; si yo pudiera cumplir
y hacerte el romance,
este que te estoy diciendo,
diciendo y que no me nace...
te lo enredara en el cuello,
te lo envolviera en el talle.

Fernán Silva Valdez.

NOS FALTA PAPA.

(Para mi padre, Carlos María Saralegui)

Eramos los cuatro, una cadenita,
Una cadenita que rompió el Señor...
El sabrá por qué.
Era de oro fino, de hierro, de plata y platino.
No puede soldarse jamás.
De sus eslabones nos falta el mayor:
el que hacía fuerte,
el broche magnífico de seguridad,
el que unía todos los eslaboncitos,
que han de estar obscuros, desequilibrados,
de tanto llorar.
Es de esas cadenas que cuando se rompen,
nadie aquí en la tierra las puede soldar.
De un metal distinto era cada uno;
Papá era de hierro, mamá de platino,
yo era de plata; Renée de oro fino...
Eramos los cuatro una cadenita,
una cadenita que rompió el Señor.
¡No puede soldarse jamás!
De sus eslabones nos falta el mayor,
¡nos falta papá!



Hoy el cielo ha obscurecido,
y es de mañana temprano.
El sol quedóse escondido,
la luz se quedó llorando.
En el Escalda las olas,
no se abrazaron cantando,
en Flandes lloró una estrella,
hasta que acabó su llanto.
En las casas todos duermen,
todos descansan confiados,
sin saber que cuervos negros
caerán sobre sus regazos.
Todos sueñan como niñas,
muchos seguirán soñando,
muchos no soñarán nunca,
y otros soñarán matando.
Y al avanzar la mañana,
más de mil cuervos volaron,
sobre las palomas blancas,
que estaban todas soñando.
Las despertaron sus picos,
profundos, negros y trágicos.
Se internaron en sus pechos,
hasta que las desangraron.

Bélgica lloró un momento
la muerte de sus hermancs.
Las palomas que quedaron
se tomaron de la mano,
para recibir unidas
los picos negros y trágicos,
de la bandada de cuervos
que desde el cielo llegaron.
¡Y en el Escalda las olas,
unidas en un abrazo,
cruzaron Flandes entero,
cruzaron Flandes cantando,
desafiando a los mil cuervos,
de picos negros y trágicos.


UNA MUESTRA
PARA MI
VESTIDO

¿Qué tú quieres, niña mía,
una muestra para hacerte un vestidito?
Para el color del vestido, que lo quieres,
se te ha puesto, (caprichitos) verde rojo,
o amarillo.
Pero distinto al de todos, que sea único.
Dame la mano, tengo un huerto, donde viven,
los colores más bonitos, y por siempre
inigualados.
Desde el verde de las chauchas tiernas,
hasta el rojo del sabroso rabanito.
Los tomates, muy redondos y carnosos,
colorados y jugosos, los repollos todos
crespos, verdi - negro por la orilla,
y verde - luz por el centro.
Toronjiles de fragancia insuperables,
y cedrones que suavizan corazones.
Alcauciles verdi - plata o verde gris,
y de un verde más chillón el perejil.

El tomillo perfumado, más obscuro
y apagado; y los choclos muy barbudos
y muy tiernos, cual de manteca amasados.
Las naranjas ya maduras, asomando entre
lo verde de las hojas,
su amarillo muy vibrante, y muy gritón.
Los ajíes, vivo esmalte de color,
por maduros o por verdes.
Saca una muestra, chiquilla, para tu vestido nuevo,
y aprovecha este momento,
que mi huerto se convierte,
en concierto de colores, blancos, rojos
y amarillos,
y dime después, mi niña, si te has quedado
contenta, del color.

OTRA MUESTRA PARA TU VESTIDO

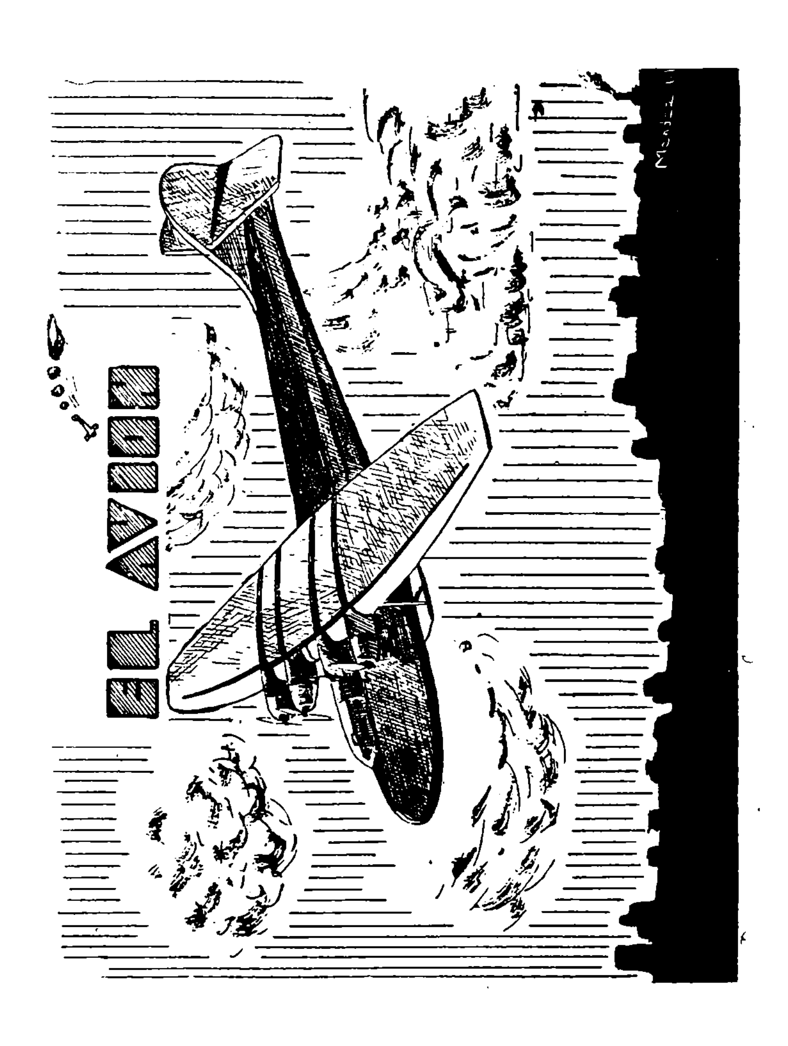


¡Eres insaciable! niña mía, ¿de nuevo en caprichitos?
¿No te conformó el color que sacaste de mi huerto,
mitad en fruto, mitad en flor?
¿Pero es que tú quieres hoy, para tu traje de baile,
muestras todas argentadas, metálicas y plateadas
azules y sonrosadas?
Otra vez dame la mano, y vamos,
a la orilla de mi río como mar.
¿Quieres colorido para lentejuelas,
quieres suavidades, telas impalpables,
colores borrosos, y diafanidades?
¡Cosa singular, pero todo eso lo vas a encontrar.
Azul transparente del aire de aurora,
y rosa esfumado del atardecer,
escama de peces para lentejuelas,
espuma de olas, y estelas de naves, para gasas suaves.
Para traje blanco, alas de gaviota.
Para traje verde, olas agitadas,
para traje pardo, la mar tormentosa,
para traje claro, arenas doradas,
para traje de encaje, espuma clara,
para traje gris, una tarde helada,
para traje negro, la noche callada,
para traje fresco, la brisa cansada,
para traje cálido, arena tostada,
para transparencias, copia un agua viva.

Y borda con cuentas tu nuevo vestido,
con ojos acuosos de peces dormidos,
que la red traidora, ya habrá detenido.
Y si también precisas alfileres de hueso fino
emplea las espinas pulidas y blanquecinas,
que las olas rebeldes le traen a tu camino.
Y si crujir de sedas quieres en tu tocado
más suave que el que siempre, tu hayas oído,
copia el rumor del agua cuando a lo lejos,
en olas sucesivas ya se aproxima,
a la costa de muelles tristes y viejos.
Y si un collar desea lucir tu cuello,
junta piedritas blancas, piedritas finas.
Y después por broche ponle con cuidado
un caracolito todo nacarado, puro y sonrosado.
Y si a todo este traje quieres dotarlo,
de ventura segura cuando lo uses,
copia un ancla perdidas por esos lares,
de algún barco ignorado que ha naufragado,
por distantes y eternos lejanos lares.


Los BUEYES

Por un camino de tierra,
llegan los bueyes cansados.
Sus ojos como carbones
tienen muertas ilusiones del pasado.
Así quietos, caminando por
las huellas del arado,
van hundiendo las quimeras,
uno es negro, todo negro;
van cubriéndolas de barro.
otro es blanco, todo blanco.
Los dos juntos, bajo el yugo,
van caminando callados.
Tardos, torpes movimientos.
Y la cola va espantando,
los insectos que con risa
van su cuerpo acariciando.
Claro y oscuro regresan.
Los dos vienen de la mano,
contemplando solamente
el camino de su arado.
Más al fijarse en sus ojos,
se ha de ver algo muy raro.
En el mirar apacible,
que es todo calma y descanso,
se ve una luz que allá brilla,
como estrella en el ocaso,
y su fondo obscuro y calmo,
retrata ilusiones muertas del pasado.
Y así quietos caminando,
por las huellas de su arado,
van hundiendo las quimeras,
van cubriéndolas de barro.


EL AVION

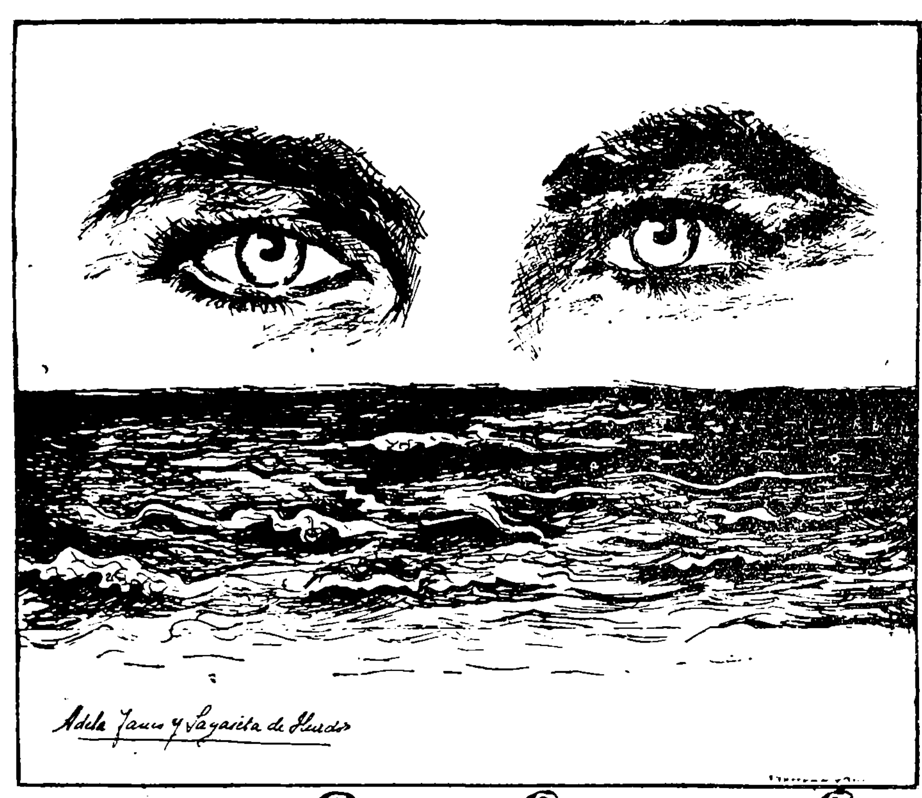
Pájaro enorme, que casi al cielo llegas,
sin emitir ni un trino,
y sin mover tus alas.
Eres el compañero de la brisa,
y el novio de la estrella lejana.
Conoces los secretos del espacio,
y te escondes tras la nube que pasa,
te duermes sobre la noche negra,
y al despertar; llegas con la mañana.
Vives en esos aires azulados.
Del mundo este, no conoces nada.
¡Mejor, pájaro enorme,
gigante de grises y aceradas alas.
Te aconsejo; no dejes a tu novia,
la de inocente luz, blanca y lejana,
no dejes de esconderte tras la nube,
que pasa presurosa y solitaria.
Pues, si algún día abandonas los espacios,
para vivir en esta tierra insana,
con el llanto en tus pupilas grises,
bajarás la cabeza, y cerrarás las alas.


BENDITOS
LOS SUEÑOS

¡Nos iremos juntos! ¡Nos iremos lejos!
¡Cruzaremos solos los bosques enteros!
¡Nuestro amor eterno
lo sabrá hasta el viento,
y han de abrirnos paso por entre las zarzas,
y al vernos los pájaros, cantarán más quedos,
y han de abrirnos paso por entre las hierbas,
los rayos calientes, caricias de un cielo.
¡Mas no, no te vayas dulcísimo sueño!
Ya todo se acaba, ¡que sola me quedo!
que sola en la noche me deja el ensueño!
Se fueron tus ojos, se alejó tu aliento,
Ya el viento no canta nuestro amor eterno!
¡Qué lejos nos fuimos! Uno está en la tierra,
y otro está en el cielo.
Y aquí me he quedado llorando en silencio,
silencio vestido con soles ya muertos.
Partiste. ¿Y a dónde? Te fuiste muy lejos...
Ya todo ha acabado. ¡Benditos los sueños!
¡Feliz el que sueña los años eternos!
¡Feliz el que sueña sin saber que un día,
llegará la hora que quede despierto!


A UNOS OJOS VERDES

En la quietud azul que se recuesta,
en la tarde dormida sobre los altos pinos,
como un cristal de sol es ve una estrella,
abanicando en el silencio tibio.
Tiembla tímida y suave su luz clara,
y también, recostándose en los pinos,
ilumina sus ramas que parecen,
dos ágatas con gotas de rocío.
Fué de allí, que sacaron tus dos ojos,
y fué allí que se vieron con los míos.
Aquella tarde ya casi dormida,
recostada en las ramas de los pinos,
con la quietud azul sobre sus hombros,
y la luz de una estrella en los caminos.
Desde que se alejaron tus dos ojos,
desde que huyeron lejos de los míos,
miro al atardecer las altas ramas,
acariciadas por la luz y el brillo,
de una estrella que tímida me muestra,
dos ágatas con gotas de rocío.
Y entonces, recordando aquella tarde,
la tarde que tus ojos fueron míos,
al ver las ramas con la luz difusa,
son tus dos ojos verdes, los que miro.



A UNOS OJOS AZULES

Madre, son sus pupilas, dos pedazos de océano,
con orillas obscuras, llenos de luz y paz.
A veces, iracundos, con relámpagos fieros,
otras veces románticos cual si fueran luceros,
y otras veces ardientes, prontos para quemar.
Así son sus dos ojos, sus dos ojos azules,
con los cuales yo sueño sin nunca despertar,
así son sus dos ojos, sus dos ojos de océano,
con su calma, su furia, su dolor y su miedo,
su traición escondida en su fondo sin par.
Yo los amo, los odio, los busco, los deseo,
me reprocho a mí misma esta debilidad,
los llamo al estar lejos, huyo cuando los tengo,
y sueño eternamente, sin nunca despertar.
No ignoro que son malos, tal como es el océano,
a pesar de esto, madre, me voy a navegar.
¡Naufragué tantas veces! Sin embargo, los quiero,
deseando muchas veces volver a naufragar.
Y sé que en una de estas, se escapará mi vida;
y sé que en una de estas, no podré retornar;
entonces sus dos ojos, no serán del océano,
sino calmas lagunas, donde nadie ya nunca,
¡volverá a naufragar!



Vi en tus ojos negros, ¡tantas, tantas cosas!
Vi que me querían, que de mí se iban,
que por mí alentaban; ¡Mas nunca he podido saber
la verdad!
¿Qué dicen tus ojos de cristal brillante?
¡Tus ojos de noches, de noches muy cálidas,
de noches muy frías, de noches muy tristes,
que es todo dolor!
¿Qué hay en tus dos ojos de contradicción?
A veces me miran de lejos, y siento,
en mis dos pupilas ardiente fulgor,
y veo las cosas más dulces y grandes,
y es con tus pupilas que estoy viendo yo.
¡Perdonad Dios mío, si el quererlo tanto
puede ser pecado, porque yo, Señor,
lo quiero y por siempre, quizá es demasiado...
mas ¿quién pone frenos a mi corazón?
Me acuerdo una noche, los dos de la mano,
mis ojos, sus ojos, perdidos los dos,
los árboles altos, las flores pequeñas,
inmóviles, quietos, al pie de las peñas.
Pasaron las horas, y nada en la noche la calma quebró.
Nos quisimos tanto, que nada dijimos.

La pupila mía con la de él habló,
un lenguaje mudo que sólo lo entienden,
las flores, los árboles, el cielo, tú y yo.
Y esa misma noche, vi en tus ojos negros,
tantas, tantas cosas...! Vi que me querían,
que de mí se irían, que por mí lloraban,
¡Mas nunca he podido saber la verdad!
¡Desde entonces nunca te dejé de amar!
Te tengo muy lejos, cruzaste los mares,
nevadas regiones, eternos pinares,
y al fin, te me fuiste, más allá del sol;
pero hay ciertas noches que en mis ojos siento,
dos pupilas negras,
que me hablan de amor. Y entonces llorando...
me voy de tus ojos, a pedirle al cielo
me dé su perdón, por quererte tanto,
¡sin tener tu amor!


A UNOS
OJOS VIOLETAS

Eran muchas moreras del brazo,
altas, verdes, de moras cubiertas.
Un perfume de tintas violáceas,
con caricias de sol en las venas,
despedían las moras maduras,
opacas y dulces frutillas violetas.
¿Dime tú, mi pequeña gitana,
que naciste en las altas moreras,
si el color de tus ojos sombríos
lo tuviste al nacer en las cuevas?
Porque dicen, que cuando naciste,
eras rubia y con ojos de hierbas,
mas después, tus cabellos de soles,
por jugar con la noche hechicera,
se quedaron obscuros, obscuros,
y hoy los tienes de noches completas.
Has vivido cual la mariposa,
saltando y corriendo por entre las peñas,
dormitando en los tréboles frescos,
y abrazada a las altas moreras.
Y se dice que tus dos pupilas,
fueron hechas con jugo de hierbas,
y de tanto mirar a las moras,
tus dos ojos quedaron violetas.
Sigue, niña durmiendo en los pastos,
abrazando a las altas moreras,
mira siempre sus frutas sabrosas,
nunca quieras mirar a la tierra;
que tus ojos de moras maduras,
tus cabellos de noches completas,
no conozcan las noches heladas,
no conozcan las nieblas eternas.


REALIDAD

El niño llora a su madre,
la madre llora a su niño,
los dos están muy distantes,
los dos están muy unidos!
La madre ve aquella noche,
llena de niebla y de frío,
en que soldados armados,
le arrebataron su vida,
le arrebataron el hijo...

Y pasan noches y noches,
la madre espera a su niño.
Sentada junto a la puerta,
sus ojos en el olvido.

Su pelo cual noche obscura,
se vuelve un blanco enfermizo,
y en la puerta sigue, inmóvil,
¡estatua gris del martirio!

Y así llegan las mañanas,
y así mueren los caminos,
y así salen los luceros,
y así pasa el tiempo. Rígida,
clavada, inmóvil,
yace la madre. Y el niño! no volvió
nunca a su casa.
En un silencio rojizo,
cayó la madre hacia el suelo,
¡la estatua gris del martirio!
Y así quedó ¡para siempre,
siempre esperando a su niño!



MARABI LA GITANA

Por los riscos cubiertos de musgo,
Marabí la gitana se acerca.
Marabí, que ha robado a la noche,
sus dos ojos de mirada fiera.
¡Marabí, la gitana del bosque;
¡Marabí, la gitana más bella,
la que tiene hechizado al más bravo,
de la alegre región malagueña.
¡Marabí la de risa en cascada,
la que tiene los ojos de cera,
la que tiene el color del cabello,
más obscuro que el fin de una cueva.
En las tardes que el sol no se asoma,
Marabí sin salir de su cueva,
se refugia en su fondo de sombras,
más obscuras que su cabellera.
Y allí sola, tendida en la roca,
en sus hombros sus trágicas trenzas,
llora... y llora... sin dar un gemido,
y así pasa las tardes enteras.
Y después... quien la ve por los riscos,
y cantando por entre las piedras,
dice al ver su semblante gitano,
dice al ver sus pupilas de cera.
¡Marabí, la gitana del bosque!
¡Marabí, la gitana más bella,
la que tiene la risa en cascada.
Marabí la del alma de piedra!



Caracol, viajero errante,
huésped de las hojas secas,
compañero de los árboles,
compañero de la huerta,
con tus dos ojos muy largos,
mirar, parece quisieras:
todo lo que te rodea.
Las aguas blancas y frescas
del arroyo de mi estancia,
y en la orilla las arenas.
Las escamas de los peces,
¡misteriosas carabelas!
que duermen durante el día,
y al irse el sol se despiertan.
Caracol, querido amigo
de la pared ya muy vieja,
que hay momentos que parece,
que se va para la tierra,
junto con los caracoles,
que están dormidos en ella.
Caracol, viajero errante,
sin hogar y sin vivienda,
compañero de los árboles,
huésped de las hojas secas,
te he hecho un rincón en mi alma,
y ven a vivir con ella.

Y así juntos, como hermanos,
iremos de puerta en puerta.
Nos recibirán las aguas,
las aguas blancas y frescas;
las escamas de los peces,
la suavidad de la arena,
la pared vieja y cansada,
la verde y graciosa huerta;
y a la noche, fatigados,
a dormir en hojas secas.
Quizá me vuelva muy pronto,
quizá nunca esté de vuelta.
Voy a pedirle a la brisa,
me lleve montada en ella,
por los espacios y el cielo,
al interior de una estrella;
y entonces, dad compañeros,
adiós a toda la tierra,
al árbol, a la laguna,
a los peces, las arenas.

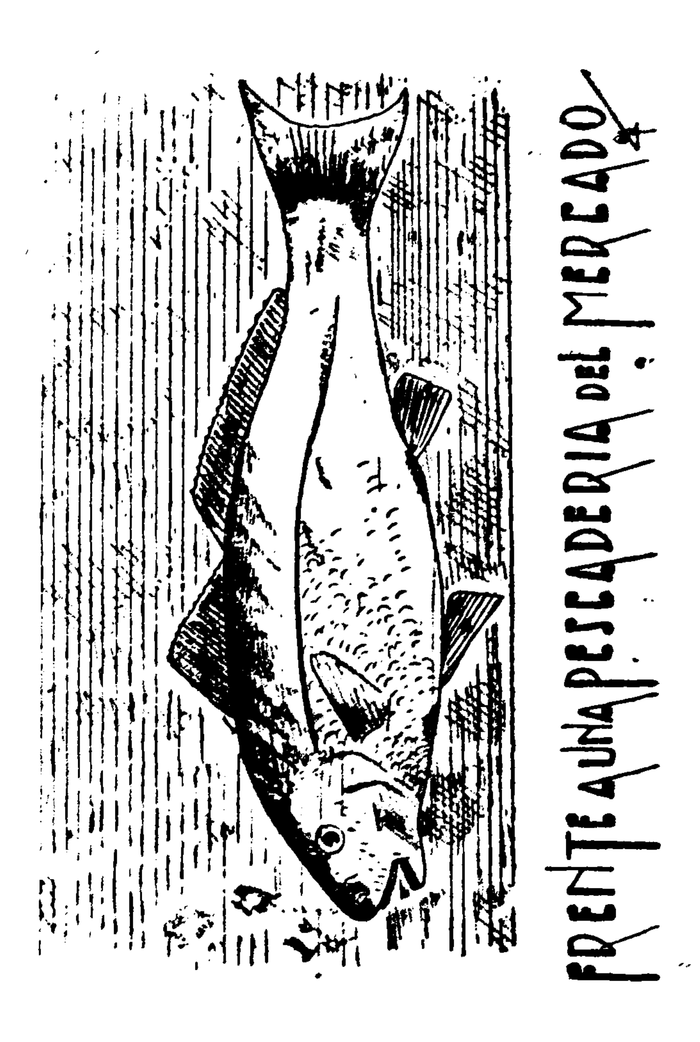

LA CANCION de la

A la guerra se fué un día,
nadie lo ha visto volver.
Su madre llora en silencio,
la niña llora también.
Lo esperaron, tanto tiempo,
que al fin la niña creció,
fina, bonita, atrayente,
pensando siempre en su amor.
Cuando nadie lo esperaba,
una mañana volvió:
La niña le abrió los brazos,
su madre lo acarició,
y el naranjo, emocionado,
por sexta vez floreció.
Y eso es cierto, fué un soldado,
más bien un niño, mi Dios,
que partió para la guerra,
y hecho un hombre regresó.
Sus ojos de azul muy claro,
se cambiaron de color;
a pesar de ser azules,
el azul obscureció.
Su voz muy suave y muy dulce,
por otra voz se cambió,
a pesar de ser muy suave,
tuvo amargura y dolor.
Su corazón antes grande,
muy pequeñito volvió.

Un trozo lo dió a su madre,
un trozo lo dió a su amor,
uno quedó en las trincheras
en donde se hizo mayor,
y otro se lo entregó al alma
del primero que mató.
Entonces chico, muy chico,
le quedó su corazón.
Y desde entonces se canta
por toda la población,
la canción que se refiere
al niño que un día marchó,
a matar a sus hermanos
en una guerra feroz,
y que al volver hecho un hombre,
se le extravió el corazón.


CAMINITO
EQUIVOCADO

¡Madre mía! me he internado
caminito equivocado.
¡Qué amargura desandar lo que había andado!
No se arrancan a girones los recuerdos,
pues son hechos como tules afinados,
pero fuertes como aceros bien forjados.
Ellos tienen de lo fino y de lo recio,
¡rudo, suave y afinado!
¡Madre mía!, me he internado
caminito equivocado...
¡Qué amargura desandar lo que había andado!
¡Qué confusa está mi alma!
¿Es aquí o será allá?
Hoy de nuevo yo he dudado.
Ese poste indicador.
¿Será de amor o dolor?
¡Ya otra vez he caminado!
¡Madre mía, ¿tú lo sabes?
¿Me he internado caminito equivocado?
¡Madre mía!,
alumbra aunque sea un poquito
¡que es andar dulcificado!
Alumbra con esa estrella,
que va con todas las madres,
muy cerca de lo ignorado,
si su niña va a avanzar,
caminito equivocado!


FRENTE A UNA PESCADERIA DEL MERCADO

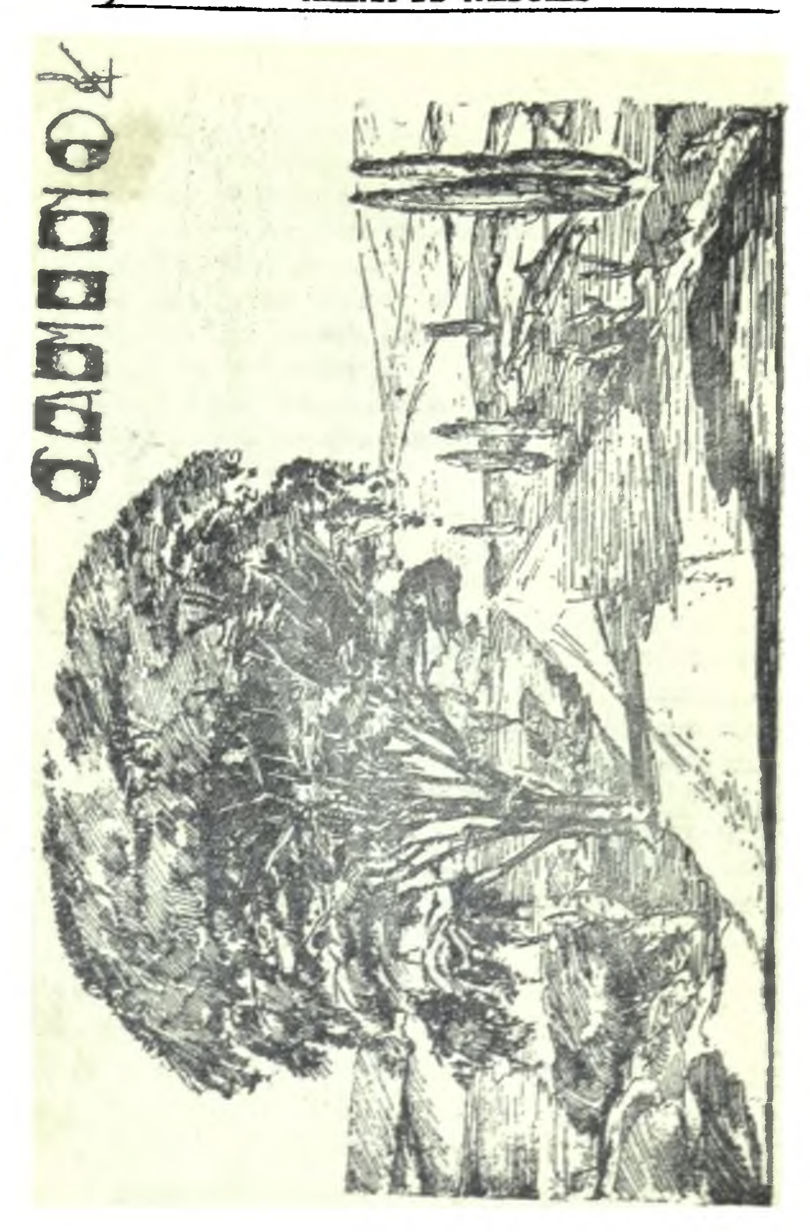
¡Si todos los mundos son repetición!
Me acerqué a aquella pescadería del mercado,
y a pesar del olor sabroso del pescado,
¡me dió por pensar!
Y desfilaron ante mis ojos, las mojarras pequeñitas,
lagartijas de la mar, junto a un pulpo complicado,
cabellera de mujer, que la mar ha despeinado.
Mejillones pardo y blanco, que a viva fuerza
arrancaron de la roca de su amor.
Y así como muchos seres, detrás de dura envoltura,
encierran mucha blandura.
Y allí un bagre, castigado por el sino.
Es feo de nacimiento, de boca descomunal
y ojos grandes y cansinos. ¡Si lleva a cuesta un destino!
Allí reposa una brótola. Esta es la crëme de mi río.
Distinguida y señorial, princesa del agua dulce
y codiciada por todos. ¡Desde el hotel al navío!
Tonina, grande y redonda. Son las matronas del mar,
todas vestidas de obscuro, y flotando entre dos aguas,
reposo van a buscar.
Almejas, cual chauchas blancas, enterradas en la arena.
Me recuerdan las esquivas! se esconden,
Pero burbujas de aire que a la superficie asoman,
las delatan, y a otro destino las atan.
Agua viva, eres la mujer mordaz de mi río,
las ventanas de tu boca hacen herida y gangrena.
Cangrejo, ¿es el mundo de los rápidos,
o es el mundo de los tardos?

Si es por ligero, te caes, si es por despacio no llegas.
¡Qué en todos lados, mi Dios,
se pueden encontrar cardos.
¿Y la caña de pescar? Parece interrogación.
Que tarda poco en llegar, que tarda mucho en volver.
Carnada, carne de hermanos para engañar.
Cangrejo ponen en ella. No se precisa ser pez,
no se precisa nadar, para que haya hermano
lobo, que esté pronto a devorar.
¿Y el pescador?, dice el vulgo: uno que no piensa nada...
¡Pobre ser el que no tenga, sus soledades pobladas.
Mas la ley del ancho río, es la ley universal,
en la tierra y en el mar. Respetada cual ninguna.
Pues la foca bamboleante, come tierno pejerrey,
y el pejerrey afinado, sardinitas al nacer.
Y volví a decir; ¡si todos los mundos son repetición,
y me alejé de aquella pescadería del mercado
y a pesar del olor sabroso del pescado,
me dió por pensar! . . .


MOLINO DE CUATRO
BRAZOS
MARGARITA

Soldados! a marchar rápido,
el aviso está cercano.
Ya llegan los enemigos
sobre sus enormes pájaros.
Y usted, recluta, ¿no siente,
la voz que lo está mandando?
¿Qué mira, que ven sus ojos
sobre el molino acostado?
Y por qué sus dos pupilas,
parecen cardos mojados
con gotas de lluvia fresca?
Al soldado que es valiente,
¡nunca se le ve llorando!
Bajó la cabeza en seco,
luego humedeció sus labios,
mandó un beso hacia el molino,
y se alejó caminando.
En ese instante vinieron,
recuerdos en vuelo raudo.
Vió su casita de troncos
dormitando sobre el barro,
y vió el pino majestuoso,
que más que árbol fué su hermano.
También recordó a su madre
que estaba siempre esperándolo...
Y también a la pequeña,
la que tenía los cabellos
hechos con frutos dorados.

Y por ojos, dos luceros,
que en cielo se habían bañado.
Y aquella tarde apacible,
que marchando de la mano
confundieron los colores de sus ojos,
los mezclaron,
y que sintió en las mejillas
besos de trenzas muy suaves,
trenzas de frutos dorados.
Y vió también que al marcharse,
el molino alzó sus brazos,
sus cuatro brazos al cielo,
y le hizo adiós con las manos.
Hoy por eso al ver de nuevo,
de un molino cuatro brazos,
creyó que entraba en su casa,
y sin querer soñó un rato...
Por eso, al verse despierto
de su vivido letargo,
besó al viento y al molino,
y se alejó caminando...



Camino, querido amigo,
viejo camino marchito
por el tiempo que ha pasado.
Camino, ¡has envejecido!
¿Dime, caminito verde,
dime, no estás aburrido
del cielo azul y el espacio,
del pueblo y los eucaliptus?
¿No te cansas, caminito?
¡Grandes arrugas te han hecho,
la lluvia, el tiempo, los siglos,
Triste te ha dejado el mundo,
aun peor, en el olvido!
Camino, querido amigo,
viejo camino marchito.


BICHITOS DE LUZ

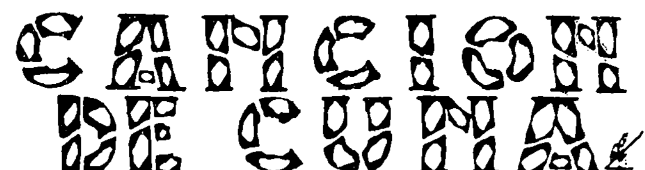
Dios ha rociado con partículas de fósforo
la noche oscura del huerto.
¿En el verano has mirado
los pequeños fuegos fatuos
que se apagan y se prenden?
¿Y que suben, y que bajan
para un lado y otro lado?
¿Qué danzan un baile loco
interminable y ligero?
¿Qué cuando una mano estiro,
para tomarlos, huyen, cual
la idea que yo quiero?
Lucesitas diminutas,
chispas del aire del campo.
Les llaman bichos de luz.
A mí se me ocurre siempre
ser almas de mariposas que
retornan al hogar, (el cáliz de
alguna rosa, la corola de un azahar,
o una azucena dormida).
Y se acercan, y se posan
con cautela, en su estela luminar.
Mas se asustan de su audacia,
y huyendo salen ligero,
dando saltos y corriendo.
Por eso apagan y prenden
sus faroles diminutos,
¡todo luz y toda gracia!
Les llaman bichos de luz.
Yo; almas de mariposas.
Son como cosa intangible,
que cual mirada se posa.


La Nube

Fugaces pasajeras, errantes mundos del celeste cielo.
¿Buscáis en el espacio, algún faro que alumbre
vuestro vuelo?
Hoy corréis ligeras por los campos azules,
mañana, sombrías veréis grises senderos.
No os cansais nunca, y siempre sin reposo,
algo deseáis, mas ese algo imposible,
huye lejano del encuentro vuestro.
¿Qué buscáis en las marchas solitarias?
¿Por quién lloran sin son vuestros anhelos?
¡Fugaces pasajeras, claves indescifrables
del misterio!
¡Ronda azul y rosada de las nubes!,
vagabundas errantes de los cielos,
que tras de una ilusión van derramando,
la luz que brota de entre sus cabellos.
Buscando un faro, en su continua marcha,
van muriendo los soles y los vientos.
¡Pobres suspiros cansados de la vida,
que con ansias ardientes remontaron el vuelo,
y han cuajado de espuma, sus cansados anhelos.

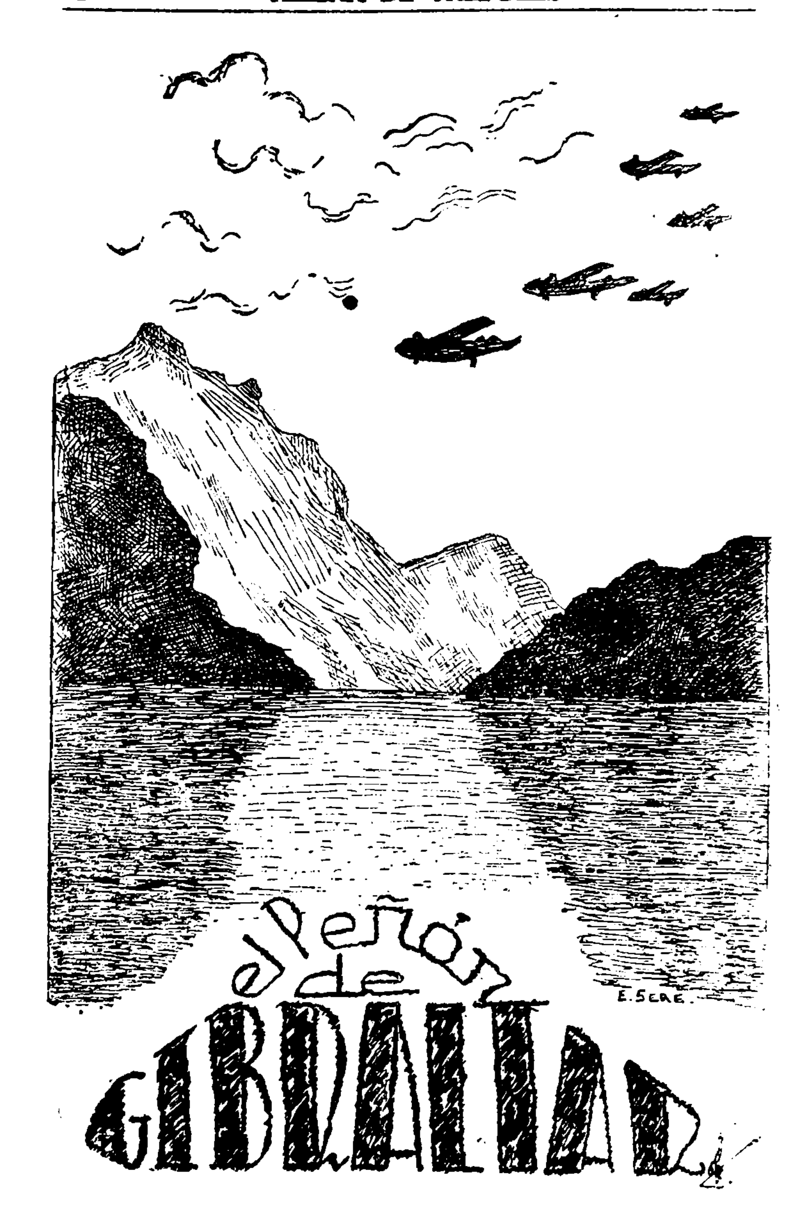

ESCALERA
DE PLATA

Sobre los pinos en sueños,
rasgó la luna de plata,
una escalera de hilos,
una escalera acostada.
Y por ella, las estrellas,
la cruzaron en farándula,
y así quebraron el sueño,
de los pinos y las zarzas.
La niña, al ver la escalera,
quiso como ellas cruzarla;
quiso subirse a los pinos,
mas no pudiendo, ¡enojada!
lloró por no ser estrella,
o por poder tener alas.
Después de muchos trabajos,
pudo llegar a las ramas;
entonces, buscó, afanosa,
mas la escalera ¡no estaba!
La luna se había escondido,
y las estrellas, muy altas,
se habían llevado en la frente,
todos los hilos de plata!...


CANCION
DE CUNA

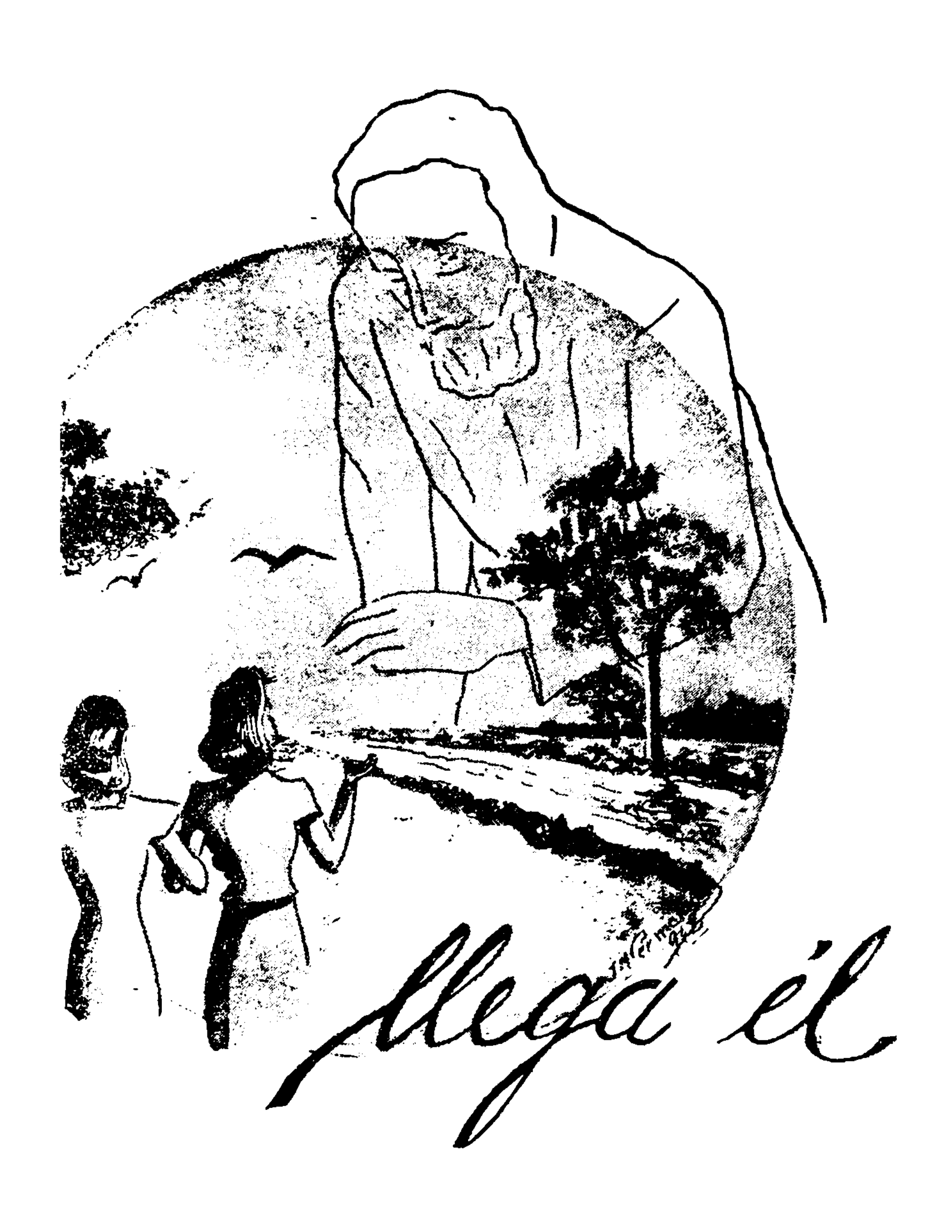
GRACIELA SARALEGUI LEINDEKAR

Duerme, mi niño, duerme,
rosado montoncito, recostado en mi pecho,
que aquella blanca estrella
que desde el cielo mira,
ya velará tu sueño.
Duerme, mi niño, duerme,
rosado montoncito, recostado en mi pecho,
que la brisa ha pulsado
sus cuerdas en la acacia,
para cantarte, quedo...
El niño se ha dormido,
el montoncito tierno,
con la luz de una estrella,
la canción de una acacia,
y de la madre un beso.
¡¡Qué fué más que la estrella,
qué fué más que la acacia,
qué fué más que su sueño!...


el Peñón de
GIBRALTAR
E. SERE.

Era un peñón de granito,
que Dios había endurecido.
Era un peñón que tenía,
la cara toda de piedra,
y en cada piedra había un nido,
y en cada nido había un pájaro,
y en cada pájaro un trino.
Una mañana muy bella,
vino del cielo un gran ruido;
y entonces, por el espacio,
vieron pájaros amigos,
amigos en las desdichas,
y amigos en los castigos.
¡Todo el peñón agitado
por recibir los amigos!
Los pájaros despertaron,
e hicieron de ellos un trino;
un trino ardiente y sonoro,
que hizo que el duro granito,
sintiera entre sus entrañas,
un rápido escalofrío.

Mas los pájaros llegados,
sólo fueron enemigos.
El peñón que Dios hiciera,
no pudo ser destruido,
por grandes pájaros fieros,
que de un infierno venidos,
¡quisieron romper las piedras,
quisieron romper los nidos,
y en cada nido había un pájaro,
y en cada pájaro un trino...
Luego se fueron, triunfantes,
cuando todo hubo concluído.
Llegó la noche en silencio,
y del peñón de granito,
se oyó llorar a las piedras,
se oyó gemir en los nidos,
¡se vieron lágrimas blancas,
correr entre los caminos!


llega él

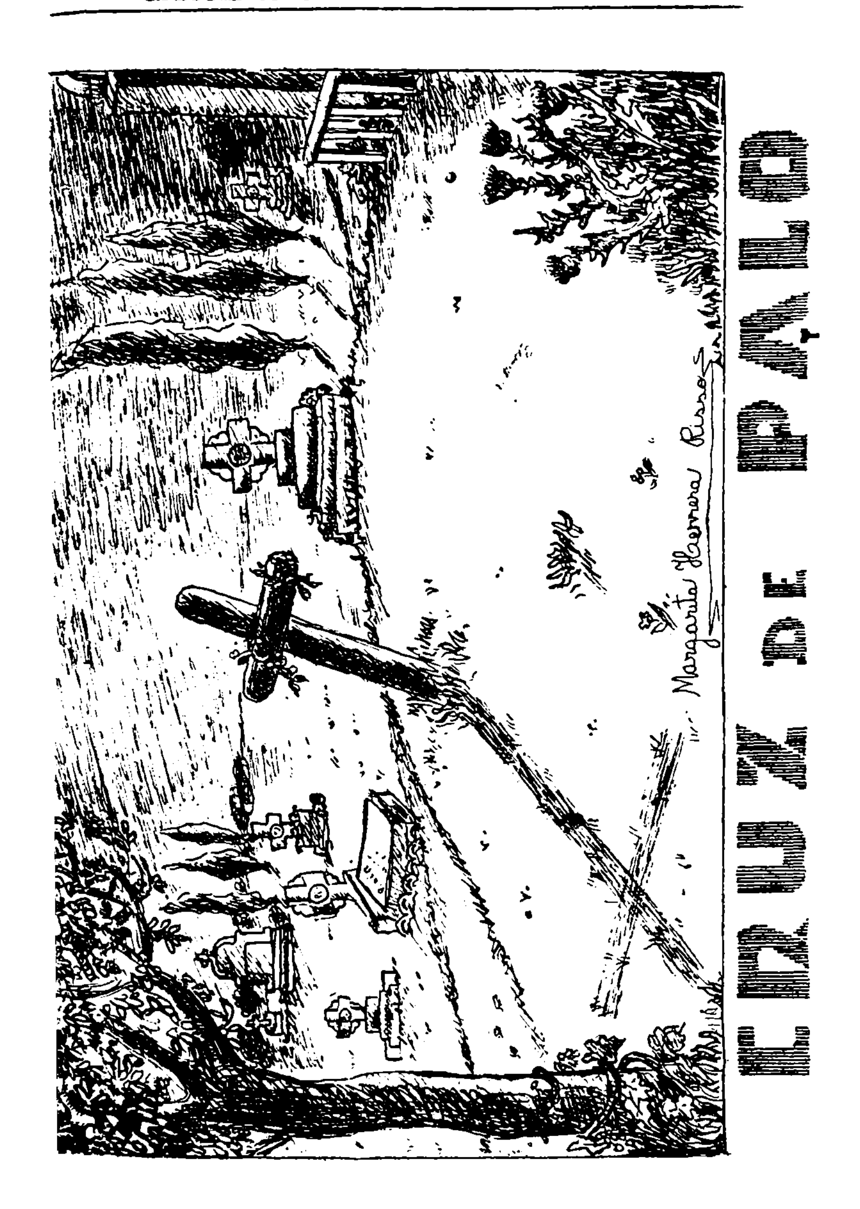
¿A dónde corréis, mis niñas,
racimitos de uvas frescas,
manzanas recién cortadas,
con olor a madre - selvas?
¿A dónde corréis, mis niñas,
a dónde váis tan ligeras?
—Vamos a contarle al río,
que es nuestro novio el que llega,
y que él vaya a recibirlo,
con su gran arpa de arena.
—Vamos a contarle al viento,
que es nuestro novio el que llega,
y que él vaya a recibirlo,
con su vibrante sirena!
Y a decírselo a las flores,
y a los pájaros que vea,
¡qué hoy ha llegado mi novio,
y con él, la primavera!
Vamos en busca del río,
del viento, la flor, la hierba,
a darle nuestra noticia,
para que todos la sepan!
Por eso corréis, mis niñas,
racimitos de uvas frescas,
manzanas recién cortadas,
con olor a madre - selvas.


UNA
PALABRA

¡Qué dulce el recuerdo de una palabra,
dicha al acaso tal vez!
Pero que hace huella y labra,
y torna a rodearnos una y otra vez.
El recuerdo para el sensitvo,
que lo agiganta día a día,
y hace de lo pasado algo vivo;
es más dulce y es más tierno,
es una caricia breve,
que hace en el alma, un red - vivo,
cuando roza su ala leve,
mucho más que el presente fugitivo...
Palabra dicha al azar,
que tú no sabes cuál es.
Mas hizo vuelo emotivo,
difícil de imaginar.
Palabra dicha al azar,
que tú no sabes cuál es...


LAGARTIJAS
COLORADAS

Piedras grises, sol mañanero,
camino dorado con bordes fragantes;
perfume fuerte de manzanilla,
ardores solares en días de enero.
Todos los sentidos se ponen agudos,
y las impresiones se estampan en piedra
por siempre, jamás!
Mis perros amigos,
con gestos ceñudos,
orejas en alto, nariz dilatada,
¡de acecho la estampa!
Y pasan fugaces, saetas bermejas,
de mi pedregal, sorpresa del suelo,
hileras sangrientas, movibles, que doblan,
ligeras..., ligeras..., cerca del sauzal.
Esmaltes vivos en rojo;
movibles y pequeñetas,
son fiesta para los ojos
y acicate de los nervios
mis rojas lagartijetas.


Margarita Herrera Risso
CRUZ DE PALO

Cruz de palo, que en medio
de un caminito
de cementerio pueblero,
apenas levanta un palmo.
Marcando hacia lo infinito,
entre cruces arrogantes,
y muy cerca del alero
que habita el camposantero.
¡Vida y muerte! (como siempre)
¡Qué cercanos! El sino de cada cual,
hace ver la muerte vida,
o hace ver la vida muerte,
¡Muchas veces es igual!
Cruz de palo y de aislamiento,
sin nombre, donde ha prendido y florece,
como un pensamiento ido,
plantita, clavel del aire,
que allí está de centinela
si anochece o si amanece.
¡Plantita, clavel del aire!
Terco y porfiado en su donaire.
¡Qué humilde la crucesita,
como pidiendo perdón está
toda inclinadita!
¿O es de agobio del dolor,
al ver que en un corazón,
ya no queda para ella, ni un rincón?...
Porque un alma se ha escondido
detrás de esa pobre cruz;
¿y se ha encontrado algún alma
donde no haya sombra y luz?


EL NIÑO DE LOS TRIGALES
RHH

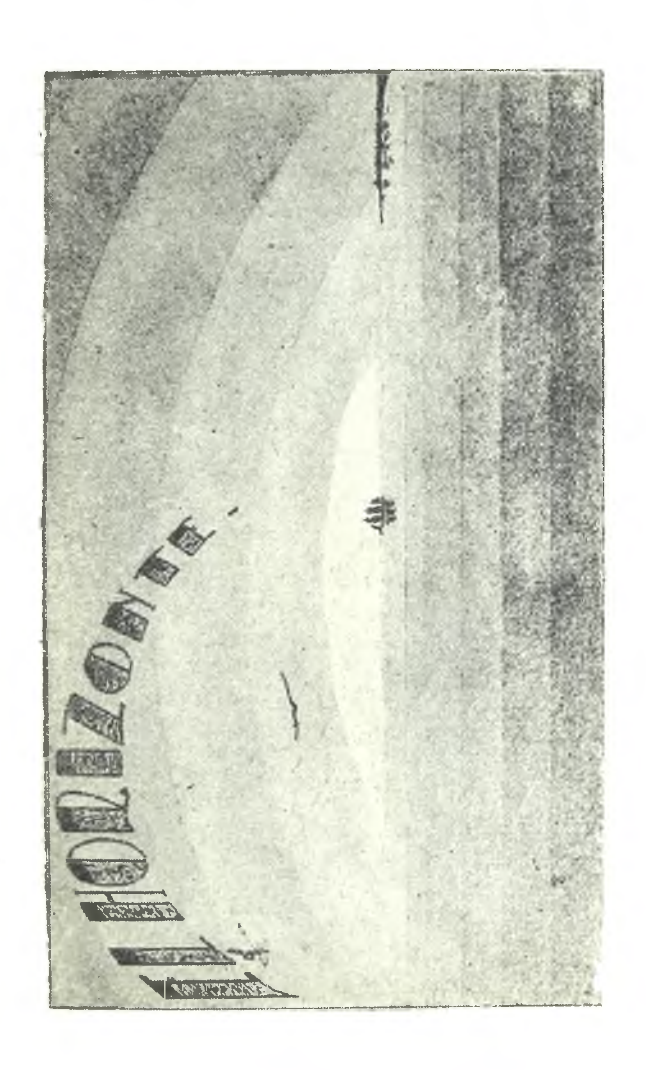
Lo llevaron a la fuerza,
ni él, ni su madre querían.
Lo llevaron a la fuerza,
una mañana muy fría.
Su cabello de trigales,
con el viento se reía
mientras que sus ojos negros,
gotas blancas desteñían.
¡Tan niño, y se lo llevaban,
tan niño, y no volvería!
La madre quedó en silencio
con las manos extendidas.
Algo deseaba en la espera,
algo que no llegaría...
Cruzaron los naranjales,
los olivos y las viñas,
y el niño seguía llorando,
sin saber lo que vendría.
Marchó mañanas heladas,
tardes grisáceas y frías,
durmió en las zanjas mojadas,
y anheló alguna caricia!
Como él iban muchos niños,
sin saber a lo que iban.
¡Matar!, dijeron los jefes,
y a matarse marcharían.
Muchos no sabían con qué;
muchos aún no lo entendían,
otros temblaban de miedo,
y otros débiles gemían.

Y el niño de los trigales,
llorando pasaba el día,
con el terror dibujado
dentro de sus dos pupilas.
Llegó el final de la noche,
y una granada caída de manos de algún
soldado, hizo romper a las filas.
El ruido hirió los oídos,
la luz lastimó la vista;
y después de esta granada,
comenzó a luchar la vida.
El niño de los trigales,
en una trinchera herido,
llamó a su madre gritando:
Mamá, mamita querida.
Y corriendo enloquecido,
viendo que nadie impedía,
aquella lucha terrible
entre la muerte y la vida,
abandonó la trinchera
huyendo por la avenida,
teñida ¡toda de balas!
Alzó los brazos al cielo,
y refrescó sus pupilas.
De la trinchera observaron,
su cabello, de trigales,
que con las balas reía.
Luego se fué con el viento,
rezando un Ave María.
Y la madre lo esperaba
con las manos extendidas!


La Carreta

Va andando con paso cansado, de enfermo,
la vieja carreta de ruda madera.
Va por el camino de sol y de tierra,
llevando de carga las mil ilusiones,
dejando en el suelo maltrechas las huellas.
Y no ve que en éstas,
volarán quimeras deshechas y muertas.
Camino al terruño marcha la carreta,
ensuciando el aire de color madera.
Se va la carreta, por el viejo camino
de sol y de tierra.
Y marcha cansada, hasta que al fin llega,
al monte de verdes y altísimos álamos,
donde el cielo desmaya en los lagos,
su cara serena.
Donde hay rosas que muestran
rubor de doncellas,
donde hay campanillas que cantan,
y lirios que tiemblan.

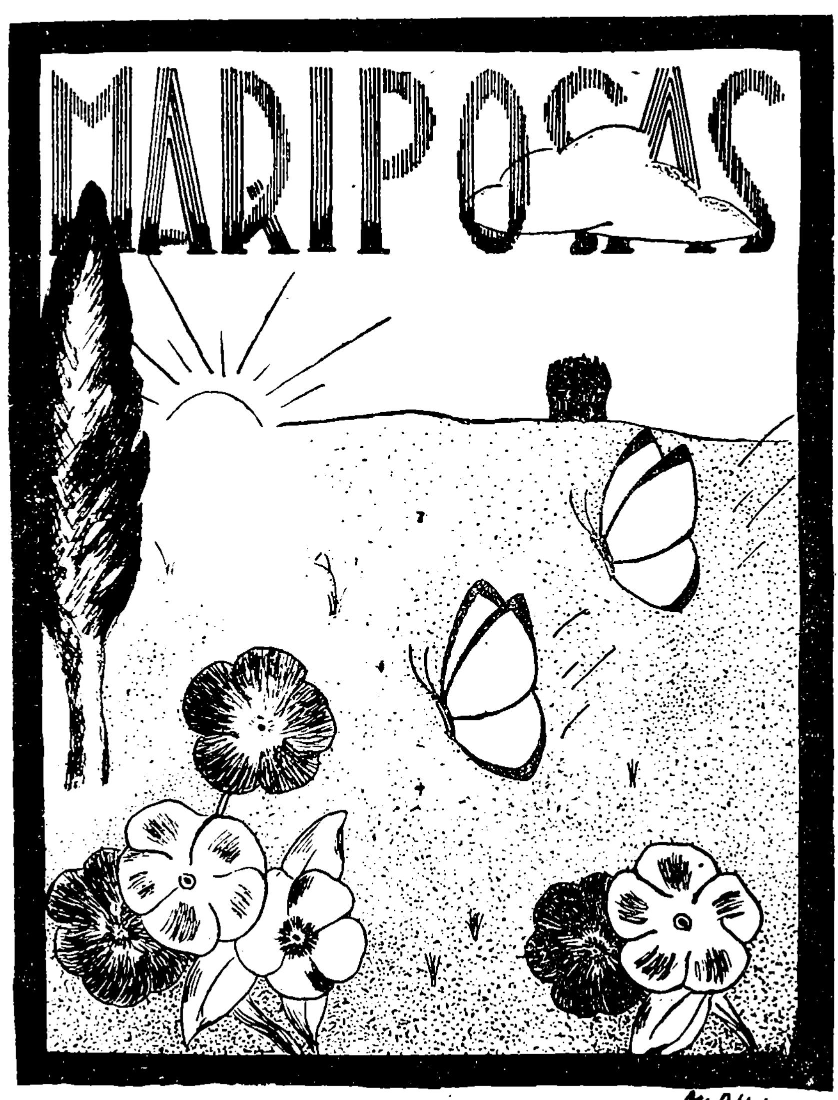
Donde el gaucho valiente e intrépido
su amor, al paisaje demuestra,
tocando en su antigua guitarra,
las tristes vidalas que vibran,
también en su alma, ¡no sólo en las cuerdas!
Donde hay margaritas, que el viento al pasar
en la frente besa.
Por fin acercóse la vieja carreta;
creyendo encontrar como antes,
su antigua y querida vivienda;
Pero entonces, con paso callado,
llegó la tristeza, al ver,
que ya nada quedaba de aquella.
Solo el cielo desmaya en los lagos
su cara serena.
Y volvió la carreta, de nuevo,
por el mismo camino de tierra;
mas sin carga, pues ésta ya estaba,
enterrada por siempre en las huellas.


HORIZONTE

En un beso interminable
se han unido el mar y el cielo.
Ni una nube los separa,
y ni un viento pasajero;
ni la luna asustadiza,
ni una estrella, ni un lucero.
Hay un barco que ha intentado
deshacer este gran beso,
¡mas no ha tenido coraje!
¡si no le alcanzó el esfuerzo!
Y se ha rendido impotente
al amor de un mar y un cielo.
En un beso interminable,
se han unido el mar y el cielo.
Nadie separarlos puede,
ni la nube, ni el lucero,
ni los hombres, ni los vientos.



Por las rojizas laderas,
llegó cantando la noche:
el misterio de las sombras,
la canción de los fantasmas,
el silencio de la espera
llena de bruma y reproches;
que envolvió todas las sierras,
y marcó todos los bosques,
y empapó todas las aguas,
y mató todos los soles.
Un trozo de ala de cuervo,
cuajó detrás de las flores,
y se han quedado llorando,
llorando toda la noche...
¡Qué amarga melancolía!
Que ardiente nostalgia entorna
los párpados ya cansados,
de todos los verdes bosques.
Y en el silencio y la espera,
llena de bruma y reproches,
ha de cantarse el entierro,
de todas, todas las flores...
¡Qué amarga melancolía!
¡Qué tristes mueren los soles!
Y en las rojizas laderas,
llegó cantando la noche!



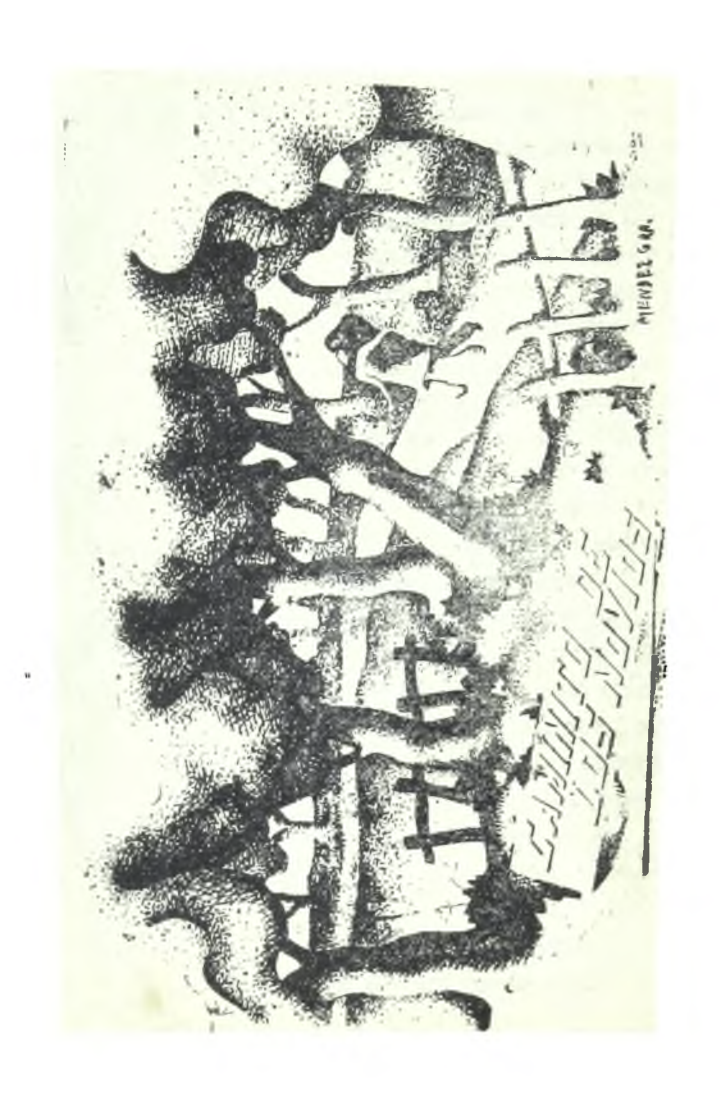
M.L.H.H

Mariposas azules, blancas y oro;
pedacitos de gasa desparramadas,
¿Buscáis un faro?
Surcando el aire,
cual velas diminutas en el espacio
sosteniendo las barcas tenues y aladas,
¿Buscáis un puerto?
Movibles y cambiantes como locuelas,
corréis de flor a hoja;
de fruto a rama.
¿Queréis que lo ignorado se torne cierto?
¡Intento vano! Corréis una esperanza,
y cuando llega, ya apunta otra,
que no se alcanza...
¡Eterno sube y baja
de la ilusión que escapa,
en raudo vuelo,
y en perenne andanza...


El incendio de la guerra
hasta en los bosques de
FRANCIA

El Jura estaba bailando
con luces de estrellas blancas.
Sus verdes y viejos bosques
con dulzura contemplaban,
el amor de luna llena
que se bañaba en las aguas
del Ródano majestuoso,
orgulloso río de Francia.
Arboles todos del brazo,
que esperaban la mañana;
y con ella las caricias
del sol que los saludaba.
Y aguardaban a la aurora
surgiendo de entre las ramas,
mil trenzas hechas de trinos,
y moñas de plumas blancas.
Todo era paz en los bosques,
una paz suave y rosada;
color que daba la aurora,
aurora con trenzas largas.
Un trueno quebró la cinta,
de luz, de color, de gracia.
La aurora se fué tiñendo,
ya no era sólo rosada.
Y el sol, abriendo sus labios.

mandó su risa quemada,
que incendió todos los bosques,
y mató todas las alas.
El Jura se fué envolviendo
con violencia en una brasa,
que apagó hasta los luceros
que desde el cielo miraban;
Y hasta los bosques ancianos,
¡recolección de esperanzas,
deseando que el sol les diera,
su sonrisa tibia y clara,
recibieron del amigo
la terrible carcajada,
Que fué quemando sus copas,
sus raíces, y sus plantas.
¡El Jura estaba llorando
con luces de estrellas blancas!
De sus bosques gigantescos
sólo ceniza quedaba.
A lo lejos, luna llena
en las aguas se bañaba
del Ródano majestuoso.
¡Aún algo quedaba en Francia!
¿Quién puede matar la luna?
¿Quién puede secar las agua?...


CAMINITO
DE
LOS MONTES
MENDEL GM.

Caminito de los novios lo llamaban,
caminito de los novios,
todo alfombrado de blanco,
todo techado de verde.
Su piso no era de tabla.
Su techo no era de yeso.
Arriba verde, ondulante, todo vida y movimiento
Abajo níveo y mullido, también vivía,
Y cuanto más lo apretaban mis pies ligeros,
más fragancia despedía...
Era como muchos buenos pues en silencio
y cuanto más lo apretaban,
más lentamente moría,
Pero antes, me perfumaba ¡toda!
Caminito de los novios lo llamaban,
caminito de los novios,
todo alfombrado de blanco,
todo techado de verde.

¡Y eran quinientos naranjos!
de dos en dos, y apretados,
como si fueran del brazo, tocándose las cabezas
Y eran quinientos naranjos,
en días de primavera.
Sus techos verdes. Sus copas,
que se unían allá arriba.
Su piso níveo y mullido
sus azahares perfumados,
que caían a montones, en racimos,
en puñados, blandamente...
¿Era Dios que bendecía?
Caminito de los novios, lo llamaron,
y eran quinientos naranjos,
de dos en dos, y apretados,
como si fueran del brazo.

hermanita mayor



Hermanita mayor, te extraño.
Hermanita buena, toda delicada,
de cuerpo y de alma.
Eres una rosa te,
con dos pupilas de sombra.
Cuando despierto, siento no ver tu cabeza
manojo de rulos negros,
apoyada como siempre
sobre la almoadita blanca,
hecha de plumas de cisne,
de nuestra granja, hace años...
Tus pies y tus manos breves,
son tan breves y tan finos que asombran.
Miras como una gacela emocionada.
Los marfiles nuevos y dulces
de ti me hablan. ¡Si eres toda dulzura!
Me hablan las porcelanas de Sévres
en sus figulinas suaves.
Los retratitos antiguos
de cristales o de esmaltes
que se ven por las vitrinas.
Cuando este invierno vestías
con traje de terciopelo
y cuello de viejo encaje,
eras una figulina, que había visto
en medallones, no sé cuando...
Mas tu alma, no guarda la relación
que debiera con tu cuerpo miñoncito.
Tu alma es grande, que hasta asombra!
y en esos ojos, inmensos, se retrata.
¡Eres una rosa te,
con dos pupilas de sombra!



MENDEZ GRR.
G. Rod. Reborati..
AL LORO DE MI VIDA

Manojo de plumas chillonas,
manojo gritón.
Todo en tu persona es duro, estridente,
sonido salvaje en tu voz.
Chirrido de sierras a medio afilar.
¿Tú lengua es de corcho,
tus ojos de vidrio,
tu uña es feroz?
Hay algo de humano en tu comprensión!
¿No es cierto que entiendes,
y que tienes alma.
como tengo yo?
Cuando te columpias en tu aro de lata,
¿qué es lo que se forja
tu imaginación? ¿Qué sientes,
envidia de la voz de plata
de tu joven dueña, y charlas
y charlas por imitación?
Eres un polichinela, todo lleno de color.
Tu voz es de mascarita.
¡También chismoso de oficio!

¡Qué oído tan fino y memoria,
¡qué implacable retención!,
delante tuyo, cuidado, no lo olvidaría jamás.
Tu voz como un mordiscón,
dice y dice lo que oye,
Y para siempre; ¡Eso es de murmurador!
y te ensañas, te empecinas,
pero no es un pensamiento,
solo una repetición,
En eso llevas ventaja al hombre,
porque charlas sin saber.
Con tu voz de mascarita,
¡eres un polichinela
todo lleno de color!

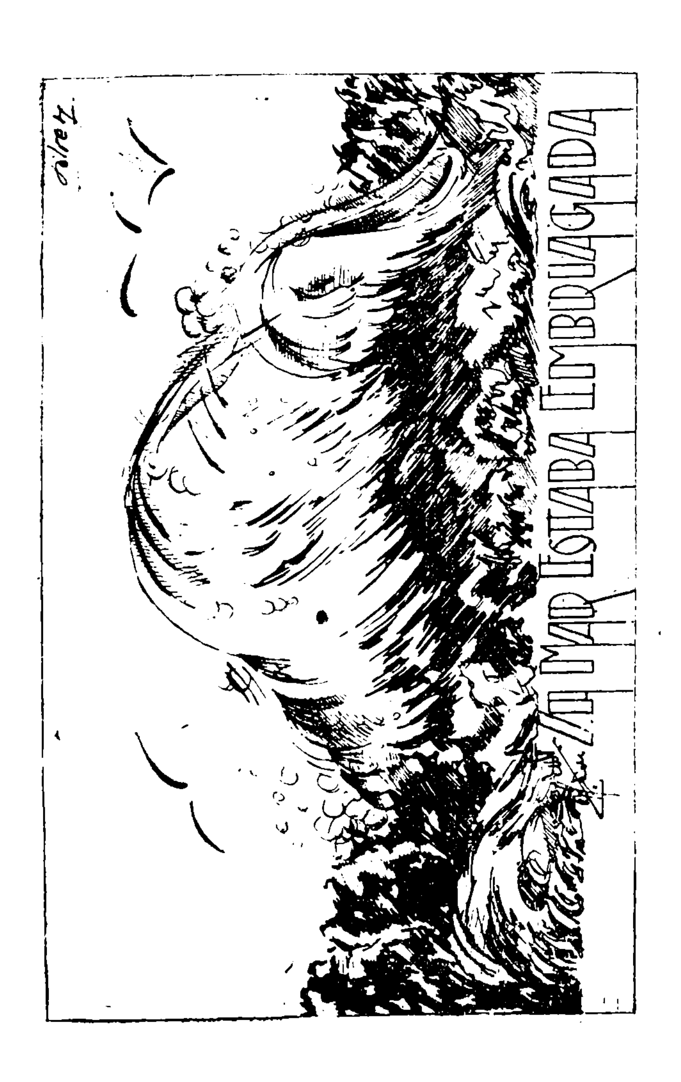

TEMBLADERAL
Beatriz 1941

Por un camino dorado
por el sol de medio-día,
me acerqué al tembladeral
que allá por la granja había,
muy cerquita del maizal.
Seguí andando... seguí andando.....
y mis ojcs asombrados
de un hallazgo sin igual,
vieron alpiste plantado
para mi jilguero amado,
en medio al tembladeral...
Con mis pasitos menudos,
de niña incauta avancé,
y vi que el pié se me hundía
si más movimiento hacía.
Con cautela me eché atrás,
y corrí por el camino, asustando
a mi jilguero, que vió que retrocedía
de junto al tembladeral, y entonces,
con paso firme, me interné por el maizal.
¡Así es tu corazón, tembladeral,
tierra infértil,
ilusiones puras no florecerán,
un erial. ¡Tierra no bendita para tu mal!
¡Así es tu corazón, tembladeral,
por él no se puede andar,
y yo quiero tierra firme
como la de mi maizal.


ROMANCE A
CRACOVIA

Eran cien cruces de mármol,
con cien Cristos enclavados;
y cien campanas azules,
con cantos todos rosados.
Cuatro montañas cerraban,
el bosque de picos altos;
cuatro montañas que iban
hacia Cracovia al llamado,
de las campanas azules,
y de las cruces de mármol.
En Cracovia, las iglesias, como tomadas del brazo,
hacían que todos los hombres
dejaran sus rezos blancos.
Desde el tugurio al castillo,
de la montaña hasta el llano,
escuchaban las campanas,
acudiendo a sus llamados.
Y los niños, venían todos,
con sol rubio entre las manos,
a entibiar todas las cruces,
con los Cristos enclavados.
Y en el Castillo de Wawel,
tumbas de los soberanos,
estaban arrodilladas,
cual si estuvieran rezando.
Hoy de aquello nada queda.
El bosque de picos altos
fué talado a ras de tierra.
Las cruces hechas de mármol
con los Cristos, han escalado los cielos,
y de él, nos están mirando.

Las iglesias de Cracovia,
han separado sus braozs,
y las campanas azules,
no tocan cantos rosados.
Y los niños, ya no vienen
con sol rubio entre las manos,
y en el castillo de Wawel,
tumbas de los soberanos,
están todos de rodillas,
cual si estuvieran rezando.
Pero sé que las montañas,
siempre estarán a tu lado.
La fuerza pudo arrancarte
lo que el hombre ha trabajado,
mas ¡nunca podrá matar,
lo que hizo Dios con sus manos!
Y yo sé que volverán de nuevo
los picos altos, y que las
cruces que tienen a los Cristos
enclavados, bajarán desde los cielos.
Y las campanas azules, tocarán cantos rosados.
¡Cracovia, tienes la cara,
toda mojada de llanto!
Pero también sé que muy pronto,
vendrán cien niños, callados,
para secarte las lágrimas,
con sol rubio entre las manos!

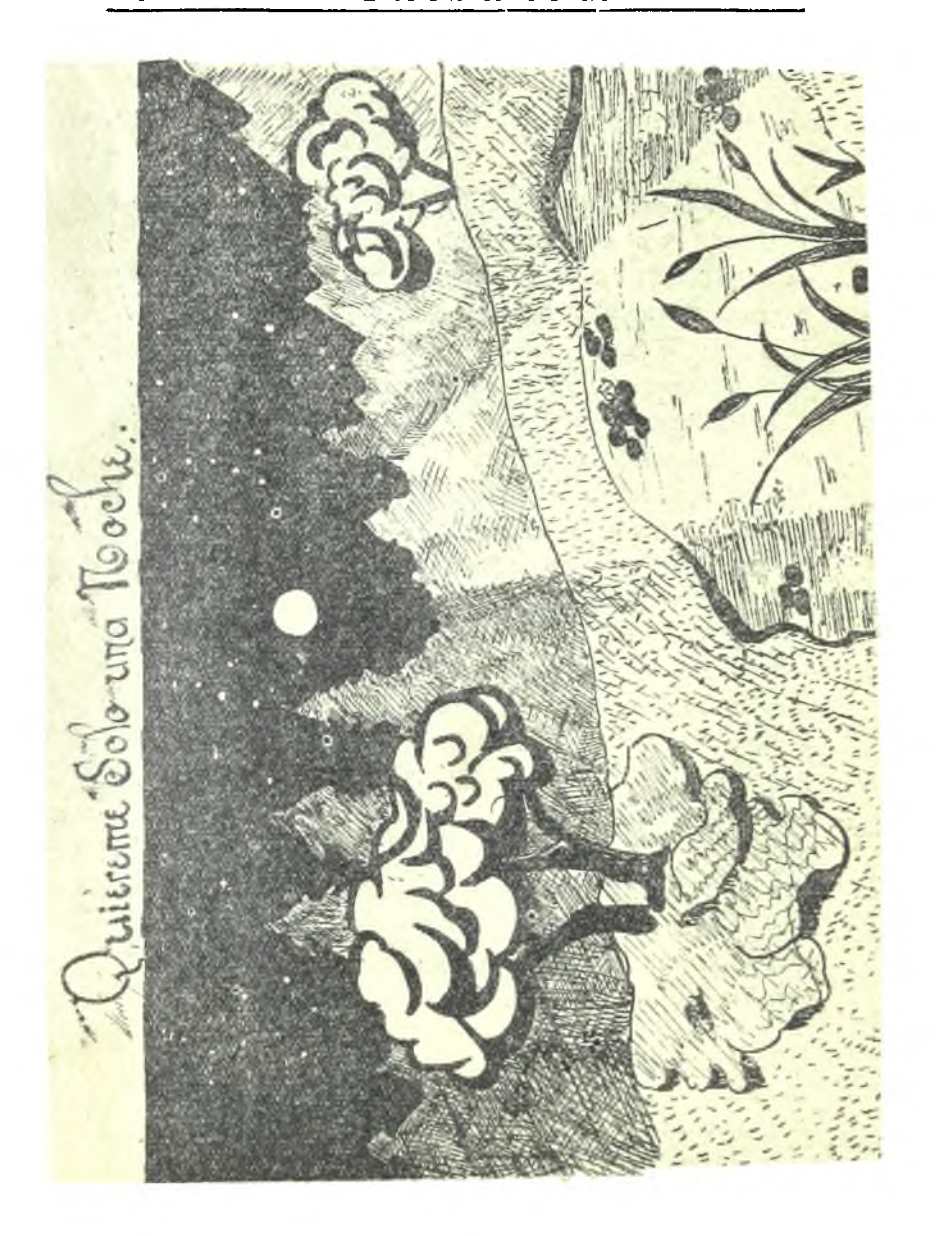

LA MAR ESTABA EMBRIAGADA

La mar estaba embriagada,
de Sol, gaviotas y cielo.
Cubría su espalda gigante
un espesísimo velo.
Reían con furia las olas
cubiertas de nívea espuma,
y contra rocas rompían
llenando el aire de bruma.
¿Era una fiera enojada
resoplando enfurecida?
¿O la sangre da la tierra
abierta en enorme herida?
¿Qué misterio inexplicable
guardaba ese mar oscuro?
¿Qué misterio hay en las crueles
carcajadas de las olas
que de la orilla se vuelven?
La luz se acostó en Oriente
dejando impregnado el aire
de los reflejos ardientes.
Que junto con las estrellas
hacen rodar el gran baile
de la noche y del ambiente.
La mar estaba embriagada
de gaviotas, luna y Cielo.
Cubría su espalda gigante
un espesísimo velo.


DE TODO
HA QUEDADO
UN ARBOL

En un campo de batalla,
lleno de árboles sombríos,
de ramas grandes y verdes,
la muerte fué al desafío
de las vidas. Cuerpo a cuerpo;
¡Mal destino!,
la vida cantó en la noche,
la canción de los vencidos.
Hasta los árboles verdes
cesaron en su camino
de escalar el cielo inmenso;
y a ras de tierra, extendidos,
vieron alejarse el cielo,
y morir todos los nidos.
Llegó la noche silbando,
con su rígido vestido,
sin adornos de luceros.
Se sentó quieta en el campo,
aprisionó los gemidos,
y así pasó muchas horas,
hasta que al fin, sus cabellos,
se tiñeron de oro fino.
Y salió el sol muy despacio...
Charcos de sangre, quejidos,
trozos de cuerpos humanos,
pozos de piedras hundidos,
cabellos entre las ramas
de los árboles caídos.

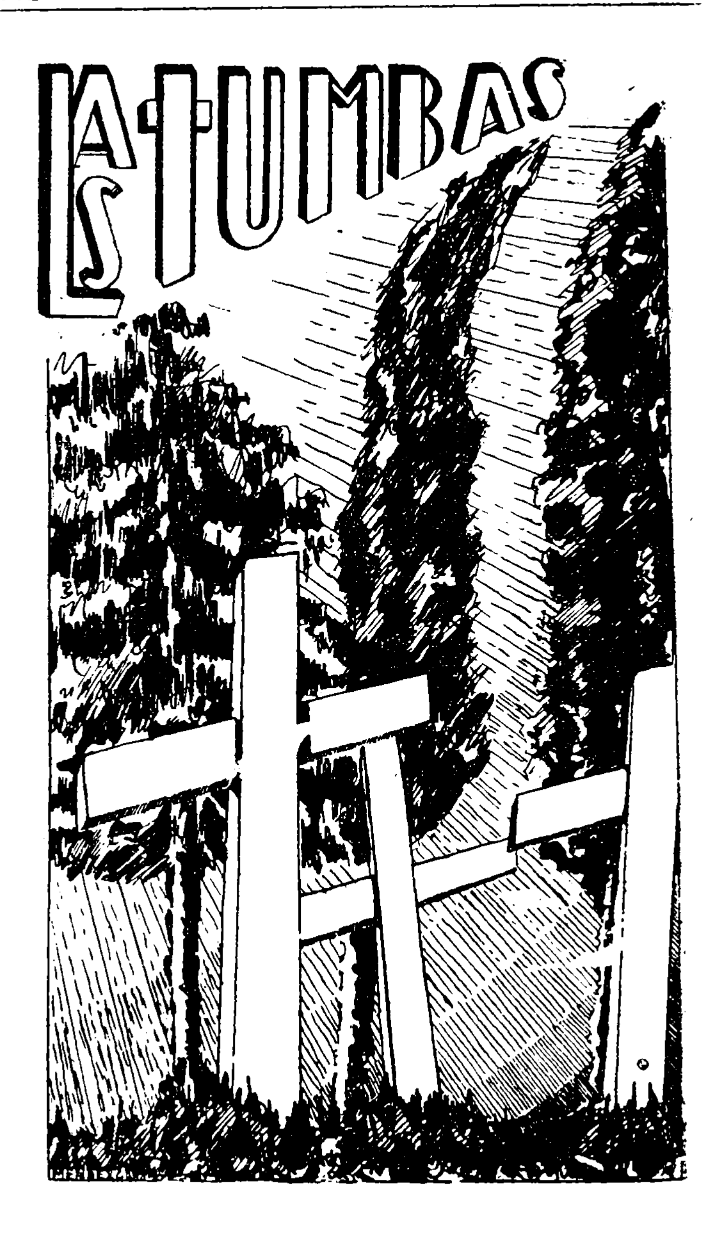
Y en el medio de este cuadro,
cuadro que el sol pone tibio,
se ve un árbol muy derecho,
que mira hacia lo infinito.
Uno sólo se ha salvado;
¡Arbol, como habrás sufrido!
Y al amanecer ansioso,
mira buscando un amigo.
Mueve las hojas llamando.
Pasan las horas, y el árbol,
todavía no ha conseguido,
un alguien que le escuchara;
al ver morir sus hermanos,
todo el dolor que ha sentido,
quedando tan sólo él, vivo.
Y llegó la mueva noche;
hoy adornado el vestido
con lágrimas de luceros
que regaron los caminos.
El cuadro está todo muerto.
Tan sólo se ve un gran pino,
que unió sus lágrimas blancas,
con las de un lucero frío.


Quiéreme Sólo una Noche.

Quiéreme sólo una noche,
que yo estaré junto a ti.
Quiéreme sólo una noche,
noche que valdrá por mil.
Si luego vas, y no vuelves,
siempre estaré junto a ti;
no habrá noche que no sienta,
tu amor muy cerca de mí.
Y viviré del recuerdo
de una noche que pasó;
y en cada estrella que mires,
en la estrella estaré yo.
Si tú te vas a olvidarme;
eso no lo podrás, no;
la noche serena y quieta,
te hablará toda de amor.
Cada palabra que sientas,
será la que te hablo yo.
¡Quiéreme sólo una noche,
te lo pido por favor!
Se quedará en mí, clavado,
el sonido de tu voz;
y lo dulce de tus ojos,
me entrará hasta el corazón.
¡Quiéreme sólo una noche,
que yo estaré junto a ti;
quiéreme sólo una noche,
noche que valdrá por mil!

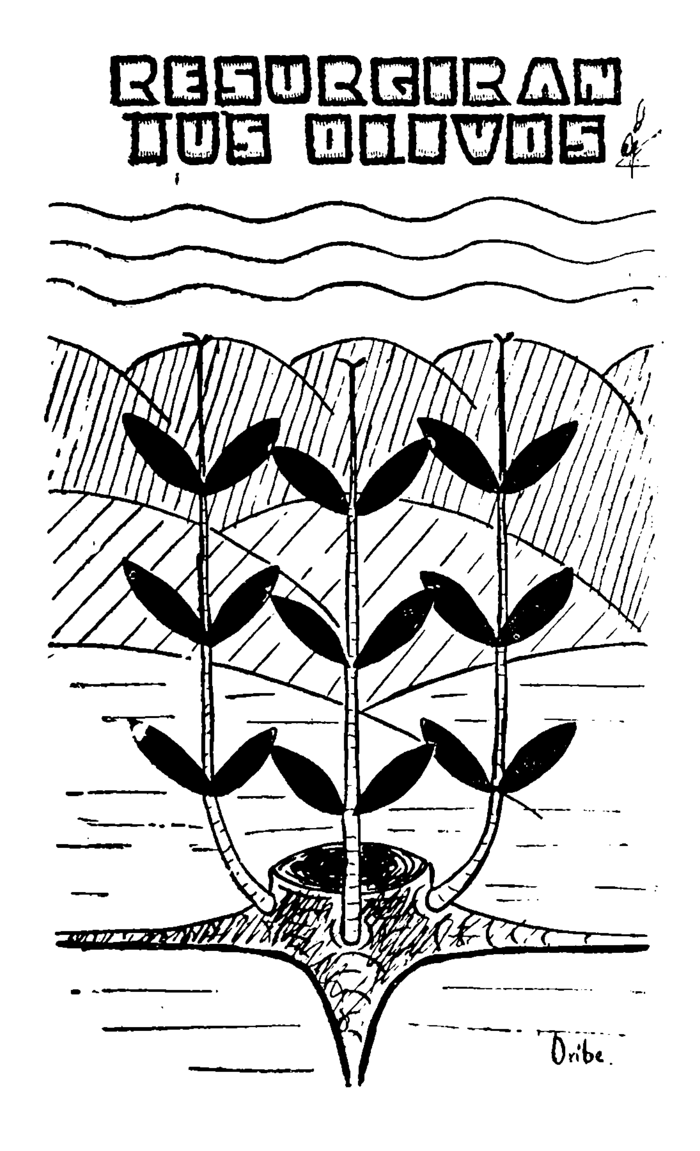

demasiado
tarde

Cuando pude quererte,
no me quisiste.
Hoy dejaste de amarme,
yo no lo quise.
Vi una estrella en el cielo,
cuando te quise.
Hoy la estrella no estaba,
porque te fuiste.
Yo le pedí a la estrella
que me quisieras,
hoy la estrella no me habla
porque está muerta.
¡Yo quise amarte siempre,
mas no he podido!
Mi estrella confidente,
se fué contigo!
Hoy, ya sé que me quieres,
¡qué tarde ha sido!
La estrella blanca ha muerto,
con mi cariño!


LAS TUMBAS

El negro bosque del cielo,
no había prendido sus luces.
Sereno, quieto, impasible,
con sus pupilas azules,
que miraban con tristeza.
el campo lleno de cruces.
Los cipreses de la mano
como fila de arcabuces,
custodiaban a las tumbas,
que a ras de tierra, de bruces,
tenían la frente cubierta,
con flores blancas y azules.
¡Tanta cruz hay en el campo,
que ni contarlas yo pude!
Cruces tristes y sombrías,
donde no llegan las luces
de las grises oraciones;
y las lágrimas calientes
no pueden mojar el mármol.

Sólo tienen de caricia
la mano helada del viento,
el beso frío de la lluvia,
y la canción de los muertos.
Es por eso que en la tierra
vivir por siempre quisiéramos
El negro bosque del cielo,
no había prendido sus luces.
Sereno, quieto, impasible,
con sus pupilas azules,
que miraban con tristeza
el campo lleno de cruces.
Los cipreses de la mano,
como filas de arcabuces,
custodiaban a las tumbas,
que a ras de tierra, de bruces,
tenían la frente cubierta,
con flores blancas y azules.


RESURGIRAN
LOS OLIVOS
Oribe

Los olivos se han quebrado.
Los viñedos ya marchitos,
tocan con sus frentes tierra,
tierra que huele a suspiros,
suspiros que van muriendo,
muerte de negros martirios.
¡Grecia, Grecia, hasta tu cielo,
hoy no tiene el azul límpido!
Si parece que estuviera,
empañado como un vidrio.
Semeja un lago celeste
donde se baña el rocío.
¡Grecia mártir! tus higueras,
no tienen frutos perdidos!
Y a sus hojas siempre verdes,
la mano ruda del fuego,
las ha puesto cenicientas.
¡Te arrancaron el vestido!
¡Pobre Grecia, hasta tus huertos,
han hecho duelo emotivo!
De los almácigos tiernos,
no hay rastros, y hasta el tomillo,
de tanto clamar, llorando,
a Dios en su desvarío,
perdió su perfume fuerte,
y se enterró en el olvido.

¡Pero no, Grecia, tu raza
no puede morir! Yo sé;
que detrás de cada olivo,
hay un pájaro que canta
la victoria del vencido.
¡Yo sé que ustedes, valientes,
¡amás estarán caídos!
Se han enterrado en la tierra,
y brotarán con más bríos!
Y aquellos que sin nobleza,
atacaron sus caminos,
y enterraron los viñedos,
y quebraron los olivos.
Donde el hacha del más fuerte,
quiso vencer al espíritu.
No vieron que Dios miraba
lo que los hombres malditos,
pueden hacer al más débil,
al inocente, o al niño.
¡Por eso te canto, Grecia,
te canto porque te admiro,
porque te hundieron muy hondo
y brotarás con más bríos!


MI GALLINERITO DE GALLINAS BLANCAS
Margarita Herrera Russo 3

Yo me desayuno, todas las mañanas,
con ojos y manos. ¡Qué cosa más rara!
me dirán Ustedes.
Aunque yo aparezco, muy apuradita, sigilosamente...
¡ellas siempre ganan! ¡son madrugadoras!
Mi gallinerito de gallinas blancas,
es una bandeja de merengues vivos.
Rellenitos todos de dulce de leche
que se asoma en patas y picos.
Son sus dos ojitos, pasas de Corinto
redondas y dulces.
Por eso des'dije: que me desayuno
todas las mañanas, con manos y ojos.
Ojos que las miran, manos que las tocan
en migallinero de gallinas blancas.


INDICE

I N D I C E

I N D I C E

I N D I C E





ESTE LIBRO SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR EL DIA
29 DE DICIEMBRE
DE 1942
▼

Tall. Agencia Londres